



PROLOGO.

POCAS palabras nos bastan para enterar al lector acerca de los propósitos de éste libro, que tal vez sea el primero en su género que entre nosotros se publica. Dificil empeño ha sido éste para nosotros una vez contraído el compromiso con el autor, cuando él, antes de que comenzara á escribir su obra nos invitó á que escribiéramos éste prólogo, ó cosa así, sin figurárenos que tan feliz idea cuajara algún día. Mas qué sorpresa no fué la nuestra cuando al cabo de algún tiempo nuestro fino y caballeroso amigo DOÑ IGNACIO GAMBOA nos presentó los originales de su nuevo libro, el que hoy con gusto presentamos al público y disertar acerca de él, aunque no tan largo y tendido como quisiéramos, por falta de preparación y tiempo.

Si la sinceridad es una de las cualidades que distinguen al hombre honrado, y, más que todo,

al escritor, por nuestra parte confesamos ingenuamente que no sólo no poseemos la debida preparación acerca de la delicada labor que hoy abordamos, sino que, casi ó sin casi podemos asegurar que somos profanos en la materia de que este libro trata. Esto en puridad, obedece entre otras, á dos principales razones: la primera es, ante todo y sobre todo, nuestra propia y natural insuficiencia, y, la segunda, la falta de centros adecuados en donde los hombres de buena voluntad pueden ir á satisfacer la tendencia natural de su espíritu, á saber: la adquisición de la CIENCIA.

Si exceptuamos la gran República de los Estados Unidos de Norte América, la de Chile, y no sé si alguna otra, aunque en esfera más humilde, sólo en las capitales europeas encontramos los verdaderos centros del saber, los *laboratorios* de la Ciencia. ¿Cuándo, por ventura, se ha hablado en serio entre nosotros de verdaderas Universidades ó centros de Estudios Superiores? ¿Tenemos, por ejemplo, algo que se parezca á los seminarios alemanes como el de Berlin, Leipzig, Breslau, en donde enseñaron y enseñan Ihering, Holtzendorff, Gneist, Brentano, Hinschius, Von Bar, Windscheid y otros? ¿Cuándo podemos ufanarnos con catedráticos de tanta fama y renombrado saber como D. Francisco Giner de los Ríos, D. Gumersindo de Azcárate, D. Adolfo Posada, D. Ricardo Rubio, D. Manuel B. Cossío, ó como Lavisse, Marión, Pécaut, Larnande, Buisson, etc.? Si exceptuamos á muy contados profesores que lo son de verdad y al-

guno que otro centro docente, ¿es acaso decir un despropósito cuando afirmamos que apenas tenemos lo que se llama Segunda Enseñanza? En punto á reformas pedagógicas, cuáles podemos catalogar fuera de la tan trascendental del Sr. Cisneros Cámara?

Por un decreto de 31 de Agosto de 1894, debido á la iniciativa y enérgicos esfuerzos de nuestro grande é insigne pedagogo Lic. Don Adolfo Cisneros Cámara, quedó implantado en el Instituto Literario del Estado la Enseñanza Primaria Moderna, inspirada en los preceptos y conclusiones del último Congreso Pedagógico Nacional Mexicano. Esta Enseñanza, duro es decirlo, ha entrado en una franca crisis desde la muerte de su ilustre fundador, pero más, desde el cambio radical de Gobierno operado no ha mucho en el Estado, en que las cátedras han sufrido cambios frecuentísimos en el personal de su profesorado. ¡Ojalá, y hacemos votos porque esa enseñanza, cara á nuestro Estado, salga con bien del peligro que le amenaza de perder su primitivo espíritu!

Si aun hoy que casi casi, estamos al tanto de lo que en otros centros más adelantados que el nuestro se piensa, puesto que hasta contamos en la pequeña lista de nuestros centros docentes Escuelas Especiales, como las de Medicina y Cirujía, de Farmacia, de Jurisprudencia y Notariado y de Matemáticas superiores ¡sin embargo, cuán por bajo estamos del nivel intelectual de Europa!

Esto por lo que á nosotros toca. ¿Qué no diremos entonces en defensa del SR. GAMBOA, por

los defectos que naturalmente se encuentran en su obra, si en aquella desdichada época en que fué estudiante, apenas se podía contar con deficientes y trasnochados programas de estudios, y en lo atañadero á métodos y textos ¡Dios mío! fuera mejor callar! Juzgue el benévolo lector la naturaleza de éste ambiente en que se formó nuestro autor. Desde sus primeros años se sintió atraído al estudio asiduo y quizá hasta inmoderado, sirviéndole además en mucho, el trato frecuentísimo con personas ilustradas que en política ocupaban altas posiciones al igual que él en otros tiempos; estas y otras razones le indujeron á que se dedicara ya con más seriedad á la Ciencia y se familiarizara, primero, con las obras de los grandes filósofos de la Revolución francesa.

Mas así como las aguas que en su cauce se deslizan van dejando sedimentos varios, fenómeno semejante aconteció con nuestro autor al pasar por su cerebro las doctrinas racionalistas y ateas de aquellos revolucionarios del pasado siglo. Voltaire como Rousseau, como Proudhon y otros cien, fueron los autores con quienes se familiarizara en la época que pudiéramos llamar de su formación intelectual. Mas sea que aguijoneado por su natural instinto de saber, ú orientado por el recto criterio de su varonil espíritu, dedicóse á serios y profundos estudios acerca de la Biblia, estudiando después comparativamente las religiones, y, al fin de la jornada..... resultó cantando las excelencias y grandezas de aquella Religión augusta sellada y confirmada de una ma-

nera cruenta en la cima del Gólgota con la sangre del Inocente.

Si el gran Menéndez Pelayo hubiese escrito acerca de los heterodoxos hispano-americanos, como escribió de los españoles, sin duda hubiera incluido en ese catálogo á nuestro autor, á quien, por autonomasia, se le llamó en tiempos *el Renán de Hoctún*. Mas no se crea que se pasó á las primeras de cambio de la heterodoxia á la ortodoxia. Antes y después de verificarse en él este cambio psicológico y moral, fué discípulo y admirador del célebre naturalista inglés Carlos Darwin, profesando sus doctrinas. Empero, no contentándose con ciertos eufemismos del autor de *El origen de las especies*, abandonó en parte sus doctrinas y se afilió entre los adeptos más avanzados del célebre y más atrevido discípulo de Darwin en Alemania, Ernesto Haeckel, autor de la *Morfología y Antropogenia*.

Como es natural suponer, el SR. GAMBOA, enamorado de las doctrinas científicas de estos últimos, dedicóse como el que más, al estudio concienzudo, y por su propia cuenta, de las ciencias naturales en toda su extensión, sin olvidar por un momento el interesantísimo ramo de la Anatomía y Fisiología comparadas, y la Arqueología. A este propósito, y siempre muy al tanto de lo que en estas materias se produce en el mundo científico, pudo allegarse las obras más modernas en donde se encuentran los últimos veredictos de la Ciencia, merced á su regular fortuna que en todo tiempo le ha permitido una vida holgada y tran-

quila, dedicada al estudio y á la serena y libre contemplación de la Ciencia.

Siendo ya militante en el terreno de la ortodoxia, sus firmes principios religiosos no le han impedido hasta hoy, dedicarse como siempre, á la libre investigación científica, sin divorciarse jamás con los autores que no piensan como él, por sus doctrinas y conclusiones más ó menos heterodoxas. Profesa, por convicción y por principio, de que entre la Religión y la Ciencia no existe ninguna solución de continuidad. Y si los jacobinos políticos de cierta época, quieren tildarle de ser demasiado liberal, sólo porque profesa con buena fe y sinceridad, los principios democráticos y republicanos consignados en nuestra Carta fundamental, al par que hijo obediente de la Iglesia católica, eso, en vez de ser mengua para él, le honra y le enaltece, y de ninguna manera puede ser culpa suya, la miopía intelectual, política y religiosa de sus detractores.

Es enemigo declarado del torpe y ciego fanatismo, que lo mismo arrastra á los individuos como á las naciones á los más graves desaciertos, de funestísimas consecuencias, como por desgracia leemos en el gran libro de la experiencia diaria. No se asusta, ni hace ascos al nuevo libro científico sólo porque pueden leerse al frente los nombres de Topinard, Spencer, Buchner, Moleschott, Straus, Marx, Drapper, etc. Nuestro autor, digámoslo de una vez, es un verdadero eclético; busca é inquiera la verdad donde cree hallarla, no importándole el autor que la expone.

¿No se ha dicho que entre espinas nace, crece y descuella la más linda y perfumada flor, y que en los negros pabellones del espacio cintilan con más radiosa luz las estrellas? De idéntica manera. ¿A qué vendrían, pues, esos pueriles y ridículos aspavientos en presencia del nuevo libro, sólo porque su autor no comulga con los dogmas católicos? En el seno de la Iglesia misma, ¿quién, acaso, no ha leído las elocuentes páginas del insigne Obispo de Cesaréa, el Magno Basilio, donde recomienda la utilidad y provecho que se obtienen leyendo á los autores profanos? ¿Quién no recuerda las polémicas vehementes sobre este mismo tema entre Mr. Dupanloup y el abate Gaume? A qué acaloramientos no habían llegado estos dos ilustres contendientes cuando Roma les impuso silencio? Y si Roma habló, no fué ciertamente para apoyar la tesis de Mr. Gaume que había denunciado los estudios clásicos, como «el gusano roedor de las sociedades modernas», sino para evitar un escándalo entre la gran familia cristiana. Entre tanto, la tesis de Mr. Dupanloup es seguida y practicada no sólo por eminentes dignidades eclesiásticas, sino también por sabios y distinguidos escritores laicos.

Y sin ir muy lejos, sin salir de casa, como si dijéramos, ¿quién no conserva con interés entre sus libros, ejemplares de poetas clásicos paganos traducidos en elegantes versos castellanos por un insigne obispo de la Iglesia mexicana, que entre los árcades de Roma se llama *Ipandro Acáico*, el cual corresponde al genuino nombre del Ilmo.

Doctor y Maestro Don Ignacio Montes de Oca y Obregón, actual Obispo de San Luis Potosí?

Así podría yo seguir citando una pléyade de escritores de la más pura ortodoxia católica, como por ejemplo, el sapientísimo prócer de las Letras españolas Don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien no ha visto rebajarse su dignidad de «católico á machamartillo,» manejando á diario á los clásicos griegos y latinos, traduciéndolos, comentándolos y expurgándolos para presentarlos á la juventud como eternos modelos de belleza y de educación moral, como en solemne ocasión afirmó en primorosas frases. Por último, cúmplenos observar de una vez por todas, que el SR. GAMBOA no persigue ningún propósito artístico ó literario en su libro, sino tan sólo el religioso y moral; él viene exponiendo una idea, y su principal esfuerzo ha sido el expresarla del mejor modo posible, sin preocuparse poco ni mucho en pulir y acicalar sus frases. Para él, lo principal es la Idea; y además..... ¿qué obra humana hay que esté exenta de defectos?

Gabino de J. Vázquez.



El positivismo filosófico
y su influencia en el estado actual de la
sociedad humana.

I.

SIN remontarnos á los tiempos de Aristóteles, Locke, Condillac y otros muchos filósofos que elaboraron los elementos del positivismo moderno, sólo nos fijaremos en el atrevido pensamiento de Augusto Comte, que en 1798 fundaba en Francia la escuela filosófica que cien años más tarde había de conmovir los fundamentos de la filosofía cristiana.

Sus propagadores Littré y Stuart Mill, han sido tan afortunados, que de 1857 á la fecha, han conseguido casi variar el con